

LA FERIA DE SANT PONÇ: EL RETORNO ANUAL A LO SAGRADO DE LA NATURALEZA¹

LUIS CALVO CALVO
CSIC. Barcelona

PRESENTACIÓN

La feria de Sant Ponç –San Poncio– es una de las fechas del calendario tradicional con más arraigo en Barcelona y en Cataluña; el éxito de esta feria barcelonesa –cuyos orígenes se remontan a la Edad Media– de plantas medicinales, miel, derivados de ambos (como caramelos hechos a base de hierbas o miel) y otros productos como fruta confitada, arrope, etc., ha propiciado su extensión a otras muchas poblaciones catalanas. Hoy, esta feria, que hunde sus orígenes en las diferentes advocaciones religiosas del Antiguo Régimen que marcaban y estructuraban el ritmo de los trabajos y de las celebraciones anuales, conserva todavía las características que la han hecho tan particular; de hecho, en el contexto urbano y contemporáneo de una ciudad como Barcelona es una de las manifestaciones populares que mejor evoca un tiempo pasado de marcado carácter rural. De esta forma, esta feria es un vivo recordatorio del fecundo diálogo que se ha estableci-

do entre cultura y naturaleza, en especial todo aquello que atañe a la reproducción, conservación y regeneración de la vida.

Con vistas a enmarcar debidamente lo que es esta feria en sí, que puntualmente se celebra cada 11 de mayo, conviene contextualizarla en un marco más amplio: el de la relación existente entre cultura y mundo vegetal y entre las abejas y lo sagrado.

1. VEGETACIÓN Y CULTURA HOY

La vinculación entre las plantas y buen número de aspectos significativos de muchas culturas ha sido y es muy alta; ello se ha traducido, entre otras cosas, en su continuada presencia en el amplio abanico de manifestaciones festivas, u otras, que conforman el calendario. De hecho, se puede decir que gran número de acontecimientos sociales y culturales han tenido y tienen como uno de sus principales protagonistas a aquéllas. Recuérdese, por ejemplo, todo lo referido al «Árbol de la Vida», al «Árbol de la Ciencia» o al «del Bien y el del Mal». De esta manera, innumerables rituales y narraciones míticas las tienen como uno de sus elementos centrales. Junto a estas funciones, las plantas cumplen otras funciones como es la prevención de la salud y la curación de enfermedades.

En las sociedades contemporáneas, especialmente aquéllas que siguen los patrones de vida occidentales, se constata que, junto a la extensión de la práctica médica y su farmacopea concreta, existen otras vías para hacer frente a la enfermedad; entre éstas, las plantas juegan un papel de primer orden. Diversos son los factores que acentúan esta dialéctica; así, por ejemplo, el rechazo a las prácticas sanitarias establecidas o a todo aquello asociado a los medicamentos surgidos de la industria farmacéutica, lo que comporta, entre otras cosas, un cierto retorno a prácticas tradicionales. Por otra parte, no hay que olvidar otra importante variable: la influencia de los medios de comunicación, en especial ciertos programas de televisión de gran éxito que presentan los parabienes de la farmacopea natural, práctica que, en muchos casos, ha sido denostada por la clase médica, por considerarlo «pervivencias» de un pasado que hay que dejar de lado.

A pesar de las transformaciones que la denominada «vida moderna» ha introducido en nuestra sociedad, en especial todo lo referido a la salud con la creación de los sistemas de salud públicos, la interacción y el conocimiento de las cualidades de las plantas no ha desaparecido; así, hay que destacar desde el mantenimiento de ciertas celebraciones tradicionales donde las plantas tienen un papel de primer orden –por ejem-

¹ Este texto es un adaptación de los diversos trabajos que se publicaron en el opúsculo *La Fira de Sant Ponç. Plantes remeieres, ciència i saviesa popular*, publicado por la Residencia de Investigadores CSIC-Generalitat de Catalunya (Barcelona, 1999), publicado con motivo de la exposición «La Fira de Sant Ponç» celebrada en la Residencia de Investigadores entre los días 10-17 de mayo de 1999. En el presente texto se mantienen los nombres originales catalanes.

plo, el Domingo de Ramos, las alfombras de pétalos para la celebración del Corpus Christi, los árboles de Navidad, etc.— hasta el uso terapéutico de plantas ya sea con fines preventivos o estrictamente curativos (recuérdese creencias como: comer una manzana al día es buena para la salud, tomar muchas zanahorias puede aliviar el asma, tomar infusiones de digital puede curar las enfermedades del corazón). Asimismo y dejando de lado las generaciones de más edad que tienen otras experiencias culturales, en la actualidad las generaciones más jóvenes que conforman nuestra sociedad viven un cierto retorno y un nuevo encuentro con el mundo vegetal que ha posibilitado un renacimiento del interés por la fitoterapia así como por el retorno de los antiguos herbolarios y las hierbas medicinales. Las causas hay que buscarlas, fundamentalmente, en el progresivo crecimiento de un amplio movimiento de opinión pública guiado por un deseo de reconciliación con la naturaleza y por la búsqueda de nuevas formas terapéuticas no agresivas para el organismo que substituyan el riesgo de muchos productos de la quimioterapia de síntesis.

Este interés ha hecho que, en el último decenio en España así como en otros países de nuestro entorno haya aumentado notablemente el interés por recuperar, conocer, inventariar y analizar, comparativa y críticamente, el saber y las técnicas terapéuticas tradicionales, donde las plantas terapéuticas ocupan un lugar destacado; ello también se ha traducido en la necesidad de promover investigaciones que analicen no solamente los usos tradicionales de las plantas sino también la composición química básica así como sus propiedades terapéuticas de los principios activos de nuestra flora medicinal; al unísono, estos intereses están llevando a plantearse la necesidad de iniciar políticas que contemplen no solo su aprovechamiento sino también su protección. En este sentido, solamente cabe recordar que algunas especies, tra-

dicionalmente usadas por sus propiedades curativas, se hallan en grave peligro de extinción, como es el caso de la genciana amarilla del Piri-neo. Asimismo, y ya que todo lo dicho remite directamente a la protección del patrimonio cultural y natural, no hay que olvidar otra dimensión que, como apunta el estudioso Josep Mañà, puede tener el apoyo al mantenimiento y el incentivo al cultivo de plantas medicinales: amén de sus cualidades intrínsecas, pueden ser auténticas alternativas económicas para zonas o comarcas con graves problemas de despoblamiento o de alternativas económicas, como así se ha demostrado en otras regiones europeas como el Piamonte italiano o la Provenza francesa donde se ha extendido el cultivo de múltiples productos como extractos y aceites esenciales de plantas aromáticas y medicinales. El fomento de investigaciones sobre estos productos serviría, entre otros fines, para buscar una mayor armonía entre los saberes naturales y la medicina oficial: tanto la etnobotánica como la fitoterapia pueden contribuir de manera determinante a desarrollar nuevas perspectivas en relación con todo lo que suponen las plantas en nuestra cultura.

2. LAS ABEJAS Y LO SAGRADO

La leyenda explica que en Banyu1s (sur de Francia), un enjambre se instaló en el interior de una imagen de la Mare de Déu —Madre de Dios—, imagen descubierta por un pastor; de esta manera, la Mare de Déu se convirtió, simbólicamente, en quien producía la cera destinada a quemar en los altares de las iglesias. Esta leyenda, que se repite en muchas zonas de Europa con las consiguientes variaciones, permitió que se crease el culto a la Mare de Déu de las Abejas; en Cataluña, una de las muestras más significativas se encuentra en la población de Prades, donde se mantiene el culto a la Mare de Déu de l'Abellera —«Madre de Dios de las Abejas»—.

Estos ejemplos muestran la importancia de las abejas en la cultura tradicional y cristiana europea; de hecho, esta presencia de la Virgen se inscribe plenamente en el simbolismo creado por los teólogos cristianos a lo largo de los siglos: creencias y leyendas traducen, a su manera, la idea que la abeja es a la Virgen aquello que la cera es al cuerpo de Cristo. De esta forma, las abejas han sido consideradas, en la cultura cristiana, como seres sagrados por lo que producen, en especial, cera y miel; como dicen los relatos populares, en el caso de la cera, esta «crema para iluminar la iglesia», «para los Santos», siendo «necesaria para el Santo Sacrificio de la Misa». En este sentido, las prescripciones canónicas, desde la Alta Edad Media, dicen que ninguna misa podía ser celebrada sin que hubiesen dos cirios que tuviesen al menos una parte de cera de abeja y que iluminasen los laterales del altar. Así, los glosadores cristianos han justificado este uso estableciendo un paralelismo entre el consumo de la cera y el sacrificio redentor: el cirio es la imagen misma de Cristo; así, la mecha designa el alma, la cera el cuerpo y la luz la divinidad de Cristo.

Las abejas son uno de los insectos más civilizados del mundo animal (viven en sociedad, construyen colmenas, saben ahorrar...), pero también son unos seres salvajes, tal como lo demuestra su comportamiento en el momento de hacer el enjambre. Su sociabilidad hace que sea necesario construirles «casas», «hablarles», e, incluso, respetar sus gustos, situándolas no demasiado lejos de los lugares donde crecen plantas salvajes (las mieles más famosas se deben a su perfume y un relato tradicional asegura que Dios creó el tomillo especialmente para las abejas). Esta afinidad entre las abejas y lo sagrado permite comprender por qué las abejas, por todas partes de Europa, han sido consideradas como unos animales sagrados: así, no se les ha de denominar ganado porque no se las pue-

de tratar de la misma manera que a las bestias salvajes o los animales domésticos, destinados a dar a los hombres un provecho material, que un insecto que produce una de las extrañas sustancias dignas de ser sacrificadas al Cielo; es imposible dar el mismo trato a un insecto que produce la cera necesaria para el Santo Sacrificio de la Misa.

Éstas son algunas de las razones por las cuales la apicultura ha sido practicada por los sacerdotes, por los eremitas y por los monjes; así, los primeros cistercienses fueron unos grandes apicultores: hay que recordar que una de las mieles más apreciadas en Cataluña se denominó «miel de Sant Bernat» —San Bernardo— y este santo es uno de los patronos de las abejas. De hecho, la tradición dice que para ocuparse de las abejas es necesario haber sido escogido por el Cielo: para acercarse a las abejas, sin correr riesgo de sufrir ataques y picadas, es necesario estar en estado de pureza: en Alemania, Escocia y algunas regiones de Francia se afirma que las abejas no pican nunca a las chicas vírgenes...

El conjunto de relatos, leyendas y prácticas sobre las abejas han hecho que, a lo largo de los tiempos, los productos que producen las abejas siempre hayan tenido, además de sus propiedades físicas, una consideración especial en la cultura de los pueblos de Europa, consideración que se ha mantenido y que ha llegado a nuestros días, en los que la cera, la miel y el polen continúan teniendo un especial protagonismo —no solamente en los actos litúrgicos— sino en la vida cotidiana de muchos hogares y personas.

3. LA ADVOCACIÓN A SANT PONÇ Y SU FERIA ANUAL EN BARCELONA

Como ya se ha dicho, las plantas han tenido y siguen teniendo un especial protagonismo en nuestra sociedad, en especial a lo que en la antigua etnografía se denominaba como «los momentos esenciales de

la vida» (nacimiento, matrimonio y muerte). Junto al referido protagonismo de las plantas en el calendario, su uso preventivo o terapéutico ha sido común; así, las plantas bendecidas —especialmente las rosas— en determinados momentos de la primavera preservaban de molestos parásitos así como se convertían en útiles remedios para curar afecciones y enfermedades. En este sentido, la cristianización del Mediterráneo parece que, según todos los indicios históricos, no impidió que uno de los días propicios para la realización de la ceremonia de bendición de las plantas fuese el día de Sant Ponç.

Tradicionalmente, en Cataluña y en otros lugares del Mediterráneo existió una gran reverencia hacia este santo, martirizado en Cimelea —actual Niza—. Las investigaciones históricas han permitido conocer su martirio que consistió en arrastrarle por un campo lleno de ortigas, cortándole posteriormente la cabeza después de haberle hecho beber caldo de chinches. Las aleluyas dedicadas al Santo así reflejan sus sufrimientos:

«Entre els turments que us férem
en què únics es mostraren
xinxes immundes prengueren
i amb lo caldo us les donaren.»

*«Entre los tormentos que os hicieron
en que únicos se mostraron
chinches inmundos tomaron
y con el caldo os los dieron.»*

El martirio sufrido por Sant Ponç le valió ser nombrado protector contra estos parásitos porque, como también se dice en sus aleluyas:

«Tota herba que és beneïda
el dia de la vostra mort,
lleva a les xinxes la vida,
es quals nos molesten fort.»

*«Toda hierba que es bendecida
el día de vuestra muerte.
quita a los chinches la vida,
los cuales nos molestan fuerte.»*

La devoción mediterránea a Sant Ponç se extendió por toda la cuenca mediterránea, lo que hizo que se le dedicasen una gran cantidad de templos; en el caso de Cataluña, su devoción se manifestó de manera importante y, junto a la iglesia románica de Sant Ponç de Corbera (Barcelona), son más de treinta las iglesias, ermitas y oratorios que tienen su advocación.

En Barcelona, ya en el año 1223, era adorado en la capilla de la Madre de Dios de la Guía; un inventario, fechado en el siglo XVI, confirmó el altar dedicado al Santo Patrón de las hierbas de remedio. Cuando esta iglesia fue derruida después de la Guerra de Sucesión para construir la Ciudadela, la imagen de Sant Ponç fue trasladada a la iglesia de Sant Cugat del Camí o del Rec de la calle Carders de Barcelona, que existió hasta que en 1936 fue incendiada. Se da el caso que en Sant Cugat del Rec había un altar dedicado a Sant Eudald, patrón de la villa de Ripoll (Girona), la festividad del cual se celebraba el once de mayo. La coincidencia en las fechas de conmemoración de ambos Santos fue aprovechada por los herbolarios y los campesinos de las cercanías de Barcelona que organizaron una feria para vender sus hierbas a los vecinos del barrio de Ribera de Barcelona, muy cercano al mar.

La advocación al Santo también estaba presente en el barrio del Raval desde el siglo XVI; en concreto, en la capilla del Hospital de la Santa Creu —Santa Cruz— había un altar dedicado al Santo. La documentación ha permitido confirmar que en el año 1817 ya se efectuaba una bendición de hierbas, haciéndose un oficio al final del cual los niños expósitos de dicho Hospital cantaban las aleluyas del Santo.

Hacia finales de siglo XIX, la feria se extendía desde la calle de Jerusalén hasta el de la Riera Baja, a principios del siglo XX, el consistorio municipal decretó la supresión de todas las ferias del barrio de Ribera, permaneciendo solamente la del barrio del Raval que, con el tiempo,

se fue extendiendo por toda la calle Hospital, donde ha permanecido hasta nuestros días.

Sant Ponç vuelve cada año con fuerza a su ya histórico emplazamiento ferial: la calle Hospital de Barcelona, aunque, siguiendo la senda que marca todo aquello referido a la recuperación y asimilación de las tradiciones populares en las sociedades contemporáneas —y de masas—, la feria, en estos momentos, se ha extendido a otros muchos lugares de la ciudad de Barcelona, lo que ha hecho que su impacto sea menos vital y colorista que antaño; a pesar de ello, su realización en otros lugares, no solamente de Barcelona, ha hecho que Sant Ponç se haya convertido en un día señalado en el calendario tradicional moderno. Una clara muestra de esta situación se aprecia, por ejemplo, en la multitud de colegios catalanes que organizan actividades para ese día (ferias propias o visitas a las ferias locales o de barrio, actividades relacionadas con las plantas, etc.).

La feria de la calle Hospital recupera, año tras año, su particular esplendor con los tradicionales puestos de venta de plantas medicinales, miel y

frutas confitadas; muchos de los vendedores continúan la tradición familiar de cultivo, recolección, selección y venta de los productos recolectados en el bosque o cultivados en sus explotaciones familiares. Dos factores están haciendo que la tradicional feria vea como su perfil se está transformando en los últimos años; de una parte, todo lo referido a las directrices sanitarias dictadas por las autoridades, en especial, a la venta de productos sin una adecuada protección (por ejemplo, las frutas confitadas) que las exponga a enfermedades contagiosas. En segundo lugar, el aumento en los últimos años de la participación de personas que solamente ven en la feria un simple ejercicio económico: así, están proliferando puestos de venta en que se venden productos ya adquiridos previamente y que se pueden comprar en muchos otros lugares o establecimientos. Ello ha originado algunas quejas de los participantes de siempre.

A pesar de todo ello, el público más fiel continúa con su particular relación con los agricultores y apicultores, quienes, año tras año, se convierten en informadores por un

día de las cualidades y beneficios de sus productos, ya sean plantas o productos derivados de las abejas, haciendo que, por un día, la ciudad, y en concreto la calle Hospital, viaje en el tiempo y todo lo más sagrado e íntimo de nuestra naturaleza vuelva a hacerse más presente.

Esta presencia, siempre viva, da aliento a algunos de sus miembros —por ejemplo, la Asociación de Apicultores— para organizar actividades diversas con el fin de mantener vivo el espíritu de la feria, como es el concurso de mieles, que premia la mejor miel anual. Este deseo de mantenimiento se alimenta, al unísono, con el actual perfil sociológico de la propia feria, el cual se puede definir como un claro juego entre el mantenimiento de la tradición y la moda del retorno a lo natural como respuesta a todo lo que comporta la actual práctica médica y nuestro propio sistema alimenticio, en el que lo manipulado tiene un papel protagonista importante. El retorno anual de la feria es, posiblemente, un aspecto destacado del calendario tradicional que nos recuerda el continuo diálogo entre tradición y cambio, entre pasado y presente.